Globethics Repository



Jefas de familia [Heads of household]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Delpino, Nena
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-20 01:48:25
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220635

Nueva Sociedad Nro.114 Julio-Agosto 1991, pp. 50-56

Jefas de familia. Otro rostro del deterioro

Delpino, Nena

Nena Delpino: Socióloga peruana. Es investigadora del Centro Derecho y Sociedad en Buenos Aires. Estudia la problemática de las organizaciones de mujeres y la de la jefatura de familia femenina.

América Latina - excepción hecha de pocos países parece hallarse en un callejón sin salida. Mientras algunos de los países de la región experimentan un estancamiento en el proceso de desarrollo relativo que iniciaron en décadas pasadas, otros se hallan encaminados en cursos de abierta regresión económica y social Entre estos últimos, los casos de Perú y Argentina resultan ilustrativos. Este artículo intenta una aproximación a ese proceso regresivo, a través de un análisis comparativo acerca del significado que, en uno y otro contexto, cobra el ejercicio de la jefatura de familia femenina.

Prestamos atención a aquellas mujeres jefas que integran los sectores pobres, desde cuyas condiciones de vida expresan el decurso decadente por el cual parecen discurrir ambos países. Procuramos mostrar así los elementos concurrentes a tal proceso, diferenciando aquellos que son compartidos de los que, en cambio, corresponden a la peculiaridad de cada país.

Felícita y Martha

Felícita vive en la capital hace casi 20 años; su lengua materna es el quechua. Habita con sus cinco hijos una pequeña y humilde vivienda, ubicada en la periferia de la ciudad. Obtuvo el terreno mediante una invasión; una de tantas tomas de terreno que se llevaron a cabo en los años 70. No sin mucho esfuerzo y privaciones considerables logró construir la fachada de su casa, la que carece aún de varias paredes y techos, hoy de material precario. Ella y sus hijos se dedican al comercio ambulatorio; las ganancias son irregulares, pero lo que más aflige a Felícita es la descapitalización que afecta a su negocio cada vez que ocurre una «disparada» de precios que recorta severamente aquello que los economistas denominan «capacidad

de reposición» y ella percibe como un menor número de bienes que puede adquirir con el producto de la venta previa.

Los chicos de Felícita van a la escuela, pese a que algunas veces no alcanza el dinero para comprar los útiles escolares de todos. Para Felícita, educar a sus hijos y completar la construcción de su casa constituyen sus grandes sueños. Anhela que sus hijos logren, a través de la escuela, lo que ella quiso para sí y no pudo concretar; y mantiene el anhelo no obstante percibir que los hijos mayores albergan escasas expectativas en la educación. Esto último no es de sorprender: los chicos miran a su alrededor y constatan la falta de trabajo que padecen incluso aquellos que egresaron de las universidades.

Felícita siente amenazados sus sueños cuando ella o alguno de sus hijos afrontan un problema de salud. Los escasísimos ahorros - cuando existen - son destinados a remediar a medias frecuentes trastornos en el aparato respiratorio y el aparato digestivo. Si en ese trance no cuenta con algún dinero propio, Felícita debe recurrir a algún pariente cercano para obtener un préstamo de dinero y, en consecuencia, luego tendrá que obtener y realizar trabajos extras, con el fin de saldar la deuda contraída. Como si sus incertidumbres cotidianas por sacar adelante su grupo familiar no fuesen suficientes, también la desvelan otras inseguridades que enmarcan su vida diaria: la delincuencia que acecha a la familia en el barrio y fuera de él, los abusos de autoridades de cualquier nivel, la corrupción que se generaliza en su país, el terrorismo del cual un transeúnte puede ser víctima inocente y, últimamente, las epidemias que parecían ser historia antigua y ahora son un drama corriente.

En los últimos suburbios de una ciudad gigantesca, situada a varios miles de kilómetros de distancia de la barriada en la que vive Felícita, reside Martha. Ella habita una casita que logró construir a mediados de los años 80, gracias a que pudo acceder a uno de los programas de vivienda popular organizados por la municipalidad. Martha trabaja entre ocho y diez horas diarias, pero debe ausentarse de su casa alrededor de catorce horas al día, debido al tiempo que - entre trenes y colectivos - invierte en traslado. Encarga la atención del hijo menor a su madre, una anciana a quien recientemente trajo del pueblo donde ambas nacieron. El hijo mayor asiste al bachillerato y durante las tardes trabaja como ayudante en una verdulería. Está contento con el salario que allí recibe porque con esa suma logra cubrir sus necesidades y, ocasionalmente, colaborar con los gastos de la familia. Tanto él como su madre tienen depositadas grandes expectativas en los estudios técnicos que el muchacho piensa emprender.

A Martha le preocupa que, dada la difícil situación por la que atraviesa el país, varios de sus empleadores prescindan de sus servicios. En lo últimos años ha visto decrecer la capacidad adquisitiva de sus ingresos y teme que en un futuro cercano no pueda contar con el dinero suficiente para ayudar al hijo en sus estudios superiores. Felizmente, la escuela pública a la que asiste el hijo menor no le exige gastos de mayor envergadura. Además, en el comedor escolar el chico tiene garantizado el almuerzo, cuya calidad nutricional no es la misma de antes, pero en los tiempos que corren no puede rechazarse. Aunque normalmente Martha logra cerrar sus cuentas cada mes, pasa grandes apuros para afrontar todos sus compromisos, entre los cuales le pesan especialmente el pago de los servicios, los impuestos y las cuotas para la obra social. Por supuesto, Martha ha debido contraer sus gastos en alimentación con el propósito de cumplir con esas obligaciones. Nostálgicamente, recuerda de vez en cuando aquellos años en que, gracias a sus ahorros, pudo adquirir algunos electrodomésticos para su hogar. Cada vez alberga menos esperanzas de reemplazar aquellos que, como el lavarropas, ya no funcionan; menos aún, de obtener otros que siguen haciéndole falta. Asimismo, la posibilidad de tomarse unas cortísimas vacaciones durante el verano - aunque fuere echando mano a uno de esos planes de crédito para viajes, como hacen sus vecinas que sí tienen marido - resulta cada vez más lejana.

Felícita y Martha están a cargo de la jefatura de sus hogares desde hace varios años. Ambas dejaron de creer, hace mucho tiempo, en la telenovelesca ilusión de que algún día aparecería un príncipe que las redimiera de su condición. Desde ese punto de partida, ellas afrontan su situación con un realismo que sorprende en una América Latina - aún no resignada a lo que es -, que hoy realiza costosos esfuerzos encaminados a cumplir con requisitos diversos pero dirigidos todos a que el príncipe azul del Norte se haga cargo de ella.

La pobreza: el rostro de la jefa

Las mujeres solas a cargo de un grupo familiar constituirían, al parecer, la cuarta parte de los jefes de hogar en América Latina. No existe acuerdo sobre las estimaciones numéricas de esta condición, debido a las deficiencias e inexactitudes en la recopilación de la información, por un lado, y al encubrimiento de la condición por parte de las mismas mujeres, por el otro. Sin embargo, entre los estudiosos del fenómeno pareciera compartirse crecientemente la hipótesis de que éste se halla en proceso de expansión. En Argentina, entre 1970 y 1980, la jefatura femenina pasó del 16.5% al 19.2% de hogares (Gogna). En 1984, con base en la encuesta de hogares, las estimaciones indicaban que alrededor del 20% de los del Gran Buenos Aires

se hallaban a cargo de una mujer, porcentaje similar al de los cálculos realizados para Lima. En el caso peruano, según los datos del censo de 1981, un 23% de los hogares urbanos se hallarían bajo una jefatura femenina (Francke). Nuestros propios estimados, con base en diversas fuentes, sugieren que en Perú se encuentran en esta condición entre 20 y 25% de hogares, con una mayor incidencia en los sectores pobres (Delpino).

En los últimos años parece constatarse la emergencia de un nuevo fenómeno, resultante de las políticas de ajuste aplicadas en la región: hogares en los cuales se cuenta con la presencia de un jefe varón cuya inactividad laboral deja a la mujer la responsabilidad de ser sostén de la familia, en tanto principal trabajadora del grupo familiar (Geldstein). Si bien, en sentido estricto, el carácter del rol que asumen estas mujeres no es el mismo al de las llamadas «jefas», se trata de un fenómeno comparable. Debe notarse que el crecimiento de uno y otro tipo de hogar concurre a la aceleración del proceso de empobrecimiento de las familias que caracteriza a la región; en efecto, diversos estudios han advertido que la mayor parte de los hogares a cargo de una mujer se hallan bajo la línea de pobreza.

La asociación entre sostén femenino del hogar y nivel de pobreza viene siendo examinada por algunos análisis que destacan la perpetuación de la pobreza a través de hogares en los cuales la responsabilidad económica principal recae en la mujer (Buvinic). Según el Unifem, en Lima y Callao el 37% de las familias más pobres estaban encabezadas en 1986 por mujeres. Nuestra propio estudio realizado en un barrio limeño constató que este tipo de familia era más pobre que el resto de hogares de la zona. En el Gran Buenos Aires, el 8.3% de los hogares calificados como pobres estructurales en 1988 tenían como jefe a una mujer (Indec 1988). El peso de pobreza que conlleva la jefatura femenina de hogar resulta probado, cuando menos en el caso peruano, por un porcentaje de pobreza significativamente mayor al estimado acerca del porcentaje total de hogares a cargo de mujeres.

La acelerada incorporación de nuevos contingentes de población a la categoría de pobres resulta uno de los rasgos definitorio del proceso de decadencia por el cual atraviesan estos países. Décadas atrás, Argentina era considerada como un país que se hallaba a las puertas del desarrollo. Perú en cambio, siempre mantuvo los índices necesarios para hallarse entre los países pobre de la región. Hacia 1980, el 52.9% de los peruanos se hallaban bajo la línea de pobreza mientras que en Argentina ésta afectaba alrededor del 10% de la población. Según estimó CEPAL, hacia 1986 los argentinos pobres ya sumaban un 15% y los peruanos un 59.9%.

Los académicos argentinos empiezan a poner en circulación un nuevo concepto, el de los nuevos pobres; distinguen así - respecto a los pobres estructurales, que siempre sufrieron esta condición - a aquéllos que, desde una mejor ubicación social, han devenido pobres y cuentan ahora con escasas y decrecientes posibilidades de remontar esta situación. Como fruto parcialmente derivado de este nuevo componente, en el conurbano bonaerense la pobreza cobró notoriedad al verse incrementada del 26% a un 39% entre 1980 y 1987[1]. Según CEPAL, la Argentina experimentó, entre 1970 y 1986, el más alto incremento porcentual de pobreza entre los países de la región.

Hoy, la pobreza argentina está reflejada en el nuevo rostro adquirido por la cosmopolita y bella Buenos Aires, que ha empezado a asemejarse en cierta medida al resto de las ciudades latinoamericanas, al tiempo que se distancia de su vieja pretensión de lucir europea. Del otro lado de los Andes, Lima perdió casi todos los encantos de ciudad señorial a la cual cantaban los valses criollos; por el contrario, ofrece ya en plenitud la imagen de una «calcutización» - violencia de varios tipos, desorden social y suciedad generalizada - que aparece aún embrionariamente en varias otras ciudades de la región.

El curso seguido por ambos países muestra con nitidez las dos caras de la historia reciente de América Latina. Desde puntos de partida distintos, Perú y Argentina confluyen en un mismo rumbo, impuesto por los límites que ambos países hallaron - con muy diferentes niveles de calidad -, en su búsqueda de una salida del subdesarrollo. Las jefas pobres argentinas y peruanas que habitan en las respectivas capitales comparten los rasgos del pobre urbano de ambos países que, ciertamente, son semejantes a los de otros países de la región. Ambas son migrantes y provienen de grupos familiares pobres; son relativamente jóvenes, menores de 45 años y tienen un bajo nivel educativo: en su mayoría, primaria incompleta.

Las jefas de hogar pobres que residen en Buenos Aires pertenecen a lo que se conoce como la segunda ola migratoria argentina, integrada a su vez por dos vertientes: una interna, de población pobre del interior del país y otra externa, proveniente de países limítrofes como Bolivia y Paraguay. Esta migración guarda poca semejanza con la primera ola migratoria argentina, que podríamos considerar como «la migración del desarrollo» y que fue integrada por europeos, arribados hacia comienzos del siglo; ellos pusieron en marcha los motores de la industrialización y la exportación argentinas, que fueron pilares del crecimiento económico del país.

[1]INDEC 1989, citado por Geldstein.

En tanto, las jefas de familia que habitan en Lima se sumaron al proceso migratorio iniciado en Perú en los años 40. Ellas migraron muy jóvenes y generalmente solas, atraídas por las ventajas que ofrecía la vida en la ciudad. Fueron parte de ese enorme contingente de población que fue expulsado del campo, por la miseria prevaleciente en él, e hizo que el país pasara en cuatro décadas de 1940 a 1980 - de tener dos tercios de población rural a contar con dos tercios de población urbana. En Lima, y otras ciudades, las jóvenes migrantes constituyeron parejas, tuvieron hijos y realizaron esfuerzos por construir su propia familia, dentro de una estrategia encaminada a la consolidación del proceso migratorio.

De cara a la última década

Ambas jefas no imaginaron que sus ilusiones y expectativas, depositadas en el proceso que iniciaron tempranamente, habrían de quedar en el camino, en parte como trayectorias personales frustradas y, acaso en mayor medida, debido a la falta de desarrollo de sus países. Escasos logros y abundantes frustraciones en la experiencia de estas jefas parecen mostrarnos - como ilustración límite - algo más general, perteneciente a la realidad de amplísimos, si no mayoritarios, sectores de la actual población latinoamericana.

La jefa y sus hijos afrontan, al final del siglo XX, circunstancias poco propicias para asegurarse condiciones de vida mínimamente dignas. Ni en el corto ni en el mediano plazo, Argentina y Perú ofrecen - a las jefas de familia, como a la mayoría de su población situada hoy bajo la línea de pobreza - la posibilidad de alcanzar tales condiciones, dado que ambos países enfrentan desde finales de los años 70 un agudo deterioro, según revelan los principales indicadores económico-sociales. Peor aún, ni un país ni el otro se encaminan hoy a paso seguro hacia una salida de su Crisis ya hecha crónica; las élites no atinan a encontrar para ellos una fórmula de solución cierta.

El balance de la década pasada en ambos países resultó negativo. Igual que en el caso de la mayoría de los países de la región, sus economías adolecían - y siguen adoleciendo - de una perversa enfermedad manifestada en síntomas como la falta de inversión, el déficit fiscal, el problema de la deuda, y las periódicas medidas de ajuste que solo tienen como resultado seguro una profundización de la recesión. La economía peruana y la argentina se sumergieron en los años 80 en procesos hiperinflacionarios, a través de los cuales continuó la caída del ingreso per cápita iniciada a mediados de los 70.

En 1990, según CEPAL (b), el PBI de ambos países decayó por tercer año consecutivo: 5% el de Perú y 2% el de Argentina. Con tales caídas, la pérdida de producto por habitante acumulada en los últimos diez años fue notable: 30% en el caso peruano y 24% en el argentino. Sólo en 1990, la actividad industrial argentina cayó en un 7% y el desempleo se incrementó hasta llegar a 9%. En el caso de Perú, la industria vio contraerse bruscamente el mercado interno, al tiempo que la agricultura, la pesca y la minería resultaban afectadas por una siniestra combinación de catástrofes climáticas, deficiente manejo político, agudos problemas sociales y la guerra interna.

En el marco de economías en recesión, las jefas de hogar peruanas y argentinas se situaban en el mercado laboral en condiciones desventajosas. En julio de 1990 - esto es, antes de asumir el gobierno Alberto Fujimori y de la aplicación del «Fujishock» - uno de cada veinte integrantes de la PEA se hallaba adecuadamente empleado en Lima.[2] La inestabilidad y el bajo nivel de ingresos acompañan la inserción de las jefas de familia peruanas en el empleo, que generalmente obtienen a tiempo parcial y en actividades del sector informal de la economía. En aquellos hogares limeños que contaban sólo con el ingreso de la mujer, el 70% de las mujeres se encontraba trabajando en el comercio ambulatorio (Chávez O'Brien) dato que anuncia que el servicio doméstico dejó de ser la principal actividad urbana de refugio de la mano de obra femenina en Perú.

Distinto fue el caso argentino, donde la participación laboral femenina se incrementó significativamente entre 1980 y 1988, en un contexto de modificación de la estructura del empleo femenino. Rosalía Cortés sostiene que «el trabajo asalariado se contrajo, mientras se expandía el servicio doméstico» y las mujeres de todos los estratos sociales continuaban ingresando al mercado laboral. Al mismo tiempo, en el conjunto del mercado laboral se extendía la desprotección, afectando rápidamente a las mujeres. En 1980, sólo el 8% de las mujeres asalariadas se hallaban desprotegidas; hacia 1989, el 24% de las asalariadas se encontraban en tal condición (Cortés 1990).

Las jefas de hogar que residen en el conurbano bonaerense trabajan, principalmente, en el servicio doméstico y como asalariadas del sector privado, y - a diferencia de sus equivalentes peruanas - cumplen, fuera de sus hogares, trabajos de jornada completa. En 1988, las tres cuartas partes de las jefas de hogares pobres percibían como ingreso sumas equivalentes a dos salarios mínimos o menos (Cortés 1988).

[2]Ministerio de Trabajo y Promoción Social, Dirección General de Empleo y Formación Profesional: Encuesta de Hogares en Lima Metropolitana, citado por Análisis Laboral, Vol. XV, N° 164, 2/1991. p. 11.

Dos razones pueden concurrir a explicar la diferente inserción laboral de peruanas y argentinas. Una consiste en la limitada disponibilidad de tiempo en las jefas de familia peruanas, ocasionada por un alto número de hijos y la escasez de servicios públicos. En contraste, las jefas argentinas tienen un menor número de hijos - en el país la familia promedio tiene sólo dos hijos - y existen para ellos algunos servicios como cunas, guarderías y escuelas que también brindan gratuitamente atención alimenticia a los niños. Aunque el deterioro en la calidad de esos servicios manifieste actualmente algunos de los rasgos del proceso decadente en el que se halla el país, ellos son legados de un Estado que debió ser uno de los pocos en América Latina capaz de proveer a la población de un amplio sistema educativo público, gratuito y eficiente, así como de un avanzado sistema de seguridad social. Ciertamente, el Estado peruano estuvo - incluso en sus momentos de expansión - muy lejos de esos logros.

La segunda razón explicativa de las diferencias en la inserción laboral entre jefas de familias argentinas y peruanas, sirve de marco a la anterior y tiene un carácter económico: las mujeres pobres enfrentan en Perú una oferta de trabajo mucho más reducida que en Argentina. Peor aún, esa oferta laboral - en el servicio doméstico y las actividades manufactureras del, a menudo idealizado, sector informal - ofrece salarios miserables, consecuencia del pago por trabajo realizado y no por tiempo de dedicación, resultantes jornadas de doce o más horas, eventualidad en el empleo y total falta de acceso a la seguridad social. Nuestro propio trabajo de investigación encontró que aquellas jefas que trabajaban en el servicio doméstico sólo contaban con ingresos que fluctuaban entre el 50 y 70% del salario mínimo vital. De ahí que las jefas peruanas prefieran auto-emplearse como vendedoras ambulantes, principalmente.

En realidad, los datos examinados nos sugieren que, si bien las jefas en ambos países pueden ser calificadas como pobres, la «pobreza» que padecen las peruanas corresponde a un nivel de desamparo y desprotección sensiblemente mayor, que diversos elementos concurren a conformar. Por ejemplo, nuestro estudio, en un barrio pobre limeño encontró que sólo una de cada cuatro jefas de hogar recibía del padre de sus hijos una pensión alimenticia equivalente de 2 a 15 dólares al mes. Y las jefas de los sectores pobres de Perú no reciben pensiones - de viudez o jubilación - que en el caso de las jefas argentinas no resultan infrecuentes, como herencia de un viejo sistema de empleo estable y regular, con cierta protección social, que aún hoy subsiste en medio de una crisis severa.

Como consecuencia de esta diferencia en el nivel de pobreza, desde fines de la década del 70, las jefas peruanas pobres - al lado de muchas otras mujeres de estos sectores - acuden crecientemente a la convocatoria de diversos programas ejecutados en las barriadas limeñas, con el propósito de compensar las carencias de servicios elementales de infraestructura, salud, educación y alimentación. A través de ellos, las mujeres participan en diversas modalidades de asistencia; unas consisten en realizar trabajos a cambio de recibir alimentos y otras promueven experiencias colectivistas de autoayuda en organizaciones barriales, organizaciones femeninas, grupos eclesiásticos, etc. Tales actividades - que cuentan con la promoción directa del Estado, los partidos políticos, las iglesias y las organizaciones no gubernamentales (ONGs) - combinan la participación de la población con la transferencia de algunos recursos, generalmente provenientes del exterior. En Argentina, en cambio, los programas de este carácter no parecen hallarse muy extendidos. No obstante, en los últimos años, ante el crecimiento de la pobreza urbana, algunos organismos privados o de gobierno han iniciado experiencias de ese tipo, a las cuales los promotores sociales califican como de «desarrollo comunitario».

Callejón ¿sin salida?

Tanto en Argentina como en Perú, las mujeres a cargo de la jefatura de hogar encuentran límites severos para el ejercicio de su función, aunque la condición de ellas en uno y otro país es cualitativamente distinta. Para Felícita y para Martha cualquier pasado fue mejor, pero para Felícita la ilusión de una vida más digna fue un sueño, mientras que para Martha ésta fue una realidad.

Tales diferencias no opacan una similitud central entre ambas: para estas mujeres y sus grupos familiares existen escasas posibilidades de revertir su condición, en la medida en que sus países no resuelvan las dificultades por las que atraviesan. El modelo de desarrollo seguido por ambos países, en las cuatro últimas décadas, mostró sus límites, luego del fracaso de muchas de las políticas económicas y sociales ensayadas desde el Estado por su clase dirigente. A tal fracaso concurrió un marco internacional con notables cambios que afectaron las formas de relación entre el Norte y el Sur, sin que Argentina y Perú lograran en el nuevo escenario una ubicación siquiera equivalente a la que tuvieron, por ejemplo, en los años 50.

Estancamiento y retroceso equivalentes han producido en cada país, hasta ahora, resultados diferentes en la medida en que el proceso previo a esta etapa fue muy distinto en Argentina y en Perú. En el caso argentino, el auge económico y una distribución relativamente equitativa de la riqueza permitieron a un amplio sector de

la población alcanzar un nivel de vida desconocido entonces para la mayor parte de América Latina. Desde los años 70, el desarrollo argentino sufrió un entrampamiento que ha ocasionado un fenómeno en esta sociedad: el de una masiva y creciente exclusión social.

En cambio, el curso seguido por el crecimiento de la economía peruana resultó permanentemente incapaz de incorporar a la mayor parte de la población en el sector moderno de la economía. El mercado interno se expandió tardíamente y nunca de manera demasiado extendida.

En fin, sobre una base de relativa pobreza en recursos respecto a la riqueza argentina -, en Perú sobrevino el colapso en la década de los 80, cuando la presión migratoria trajo abajo no sólo los precarios servicios urbanos sino también buena parte de la vida social organizada.

La comprensión de ese marco social, que otorga especifidad al fenómeno de la jefa de familia, se hace indispensable a la hora de proponer soluciones o remedios que atemperen su condición. Fórmulas que ayuden a estas mujeres - que representan paradigmáticamente la tragedia de ser pobre en estos países - pueden ser imaginadas. Bastante más arduo es pensar en resolver la angustia de su condición mientras los países en los cuales ellas viven no hallen la vía para reiniciar el camino al desarrollo.

Referencias

*Anónimo, AFTER THE CRISIS: THE CHANGING PATTERNS OF WOMEN'S WORK IN ARGENTINA. - Buenos Aires. 1990;

*Buvinic, Mayra, LA VULNERABILIDAD DE LOS HOGARES CON JEFATURA FEMENINA: PREGUNTAS Y OPCIONES DE POLITICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE. - Santiago, Chile, CEPAL; Guerra, Roger -- La mujer y las estrategias familiares de ingresos.

*CEPAL, BALANCE PRELIMINAR DE LA ECONOMIA DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE - 1990. - Santiago, Chile. 1990; Mujer, población y desarrollo.

*CEPAL, MAGNITUD DE LA POBREZA EN AMERICA LATINA EN LOS AÑOS OCHENTA. - Santiago, Chile. 1990; Informe sobre mercado de trabajo y pobreza urbana.

*Chávez-O'Brien, Eliana, SOCIALISMO Y PARTICIPACION. 41 - 1988; Trabajo y familia: el caso de las jefas de hogar.

*Cortés, Rosalía, PROYECTO IPA (INDEC-BANCO MUNDIAL). - 1988; Encuesta de Hogares en Lima Metropolitana.

*Delpino, Nena, SALIENDO A FLOTE, LA JEFA DE LA FAMILIA POPULAR. - Lima, TACIF, Fundación Friedrich Neumann. 1990;

*Geldstein, Rosa, TRABAJO Y FAMILIA EN UN CONTEXTO DE CRISIS: LAS NUEVAS RESPONSABILIDADES DE LAS MUJERES. - Buenos Aires, CENEP;

*Gogna, Mónica, MUJERES JEFAS DE FAMILIA. - Santiago, Chile, ILET. 1984;

*INDEC, LA POBREZA EN EL CONURBANO BONAERENSE. ESTUDIOS INDEC. 13 - Buenos Aires. 1989;

*INDEC, PROYECTO DE INVESTIGACION SOBRE LA POBREZA EN LA ARGENTINA. - Buenos Aires, INDEC-Banco Mundial. 1988;

*Marfil, Francke, PROBLEMAS POBLACIONALES PERUANOS II. - Lima, AMIDEP. 1986;

*Ministerio de Trabajo y Promoción Social, Dirección General de Empleo y Formación Profesional, ANALISIS LABORAL. XV, 164. p11 – 1991

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 114 Julio-Agosto de 1991, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**